

Las adicciones sin sustancia en estos últimos 40 años

Addictions without substances within the last 40 years

Fernando Pérez del Río
Doctor en Psicología.

Resumen: Se realiza una revisión de estos últimos cuarenta años de las adicciones sin sustancia desde una perspectiva sociopsicológica. Se explica cómo los diferentes períodos históricos y la cultura del momento influyen en las adicciones de una forma determinante.

Palabras clave: Drogas. Adicciones. Ludopatía. Sexo. Compras. Internet.

Summary: A revision of addictions without a substance within the last forty years is carried out following a sociopsychological point of view. We explain how the different historical periods and the culture of the moment, have an influence in the addictions in a determinant way.

Key words: Drugs. Addictions. Addiction to gambling. Sex. Compulsive shopping. Internet.

Introducción

El excedente de malestar en la sociedad termina encontrando una válvula de escape particular en forma de síntomas. De alguna manera, podríamos decir, que cada época genera sus particulares efectos secundarios; cada época conjuga su propio surco e historia acentuando algunas enfermedades y suprimiendo otras.

“Se sabe desde la antropología que el individuo tiende a expresar las situaciones de malestar por su medio de formas aceptables y significativas para su propia cultura,” (1). “El concepto de enfermedad en una sociedad determinada y, por tanto, del objeto sobre el que se legitima al sistema sanitario a intervenir en él y sobre el que los ciudadanos se sienten legitimados a solicitar dicha intervención es un fenómeno de construcción social” (2).

A continuación veremos cómo algunas décadas han sido más propicias que otras para el desarrollo de las adicciones sin sustancia.

Años 60

Después de las guerras mundiales nos encontramos ante una generación posbélica, saturada de ideologías de uno y otro pelaje. Un largo período que finalizó su ciclo tras la firma de la bienvenida Declaración Universal de los Derechos Humanos el *10 de diciembre de 1948*. Un abrazo a escala internacional que deja la ventana abierta a cualquier tipo de aire fresco que tuviera que ver con la posibilidad de prosperar, vivir un poco mejor y atesorar derechos. Y ciertamente fue así, a partir de ese momento para muchos países occidentales, abundaría la prosperidad, el bienestar, los derechos y los avances científicos.

Quizá los años 60 sea la década más estudiada tras la segunda guerra mundial y de la que más se ha escrito; no pocos libros definieron esta década como años de trasgresión y de ruptura. Una década donde se inició en algunos países la denominada revolución sexual, el movimiento *psíquedélico*, una década que daba la bienvenida a las libertades, al gusto por la autonomía. En cuanto al disfrute aparece la “evasión”, no es de extrañar que la sustancia de aquel entonces fuera la *dietilamida de ácido lisérgico* (LSD). Podemos encontrar películas como *The Trip*, El Viaje EEUU (1967) de Roger Corman. *Psych-Out*, Pasaporte a la locura EEUU (1968) de Richard Rush. O la famosa *Easy rider*, Buscando mi destino EEUU (1969) de Dennis Hopper.

“En 1964 ensayistas y pensadores como *Timothy Leary* o *Herbert Marcuse* hablaban con horror de la gente que se reconoce a sí misma en sus mercancías, encuentra su alma en su auto, en su tocadiscos, en su equipo de cocina [...]. Son años donde se propone una revolución, una revolución contra los tecnócratas” (3). Para muchos el mayo del 68 fue la última revolución humanista de los países occidentales.

Pero en cuanto al “*síntoma social*” podemos decir que el movimiento y las protestas de los años 60 se dirigieron hacia el exterior. El “síntoma” fue expresado hacia afuera, hacia los políticos, hacia las rancias costumbres. El malestar fue expulsado en manifestaciones, fue proyectado en panfletos que se difundían zigzagueantes por las calles. Esta manera de expresar el malestar no volverá ocurrir de esta forma; en cuanto a las adicciones sin sustancia, década tras década, como veremos, los síntomas serán internos.

Años 70

Refiriéndonos a Europa, a primera vista son las décadas de los años 70 y 80 del siglo XX cuando la sociedad comienza a ofrecernos un contexto apropiado donde pueden florecer y desarrollarse síntomas que tienen relación con los impulsos. El paisaje en la década de los años 70 empieza a ser un campo abonado para los trastornos relacionados con el control y con los impulsos, síntomas que tienen relación con la acumulación de objetos y con la expectativa de disfrutar de esa repetitiva acumulación.

En relación a lo que nos concierne, es difícil establecer puntos de inflexión donde poder apuntalar claramente un hecho y, sin duda, es una ardua tarea encajar los fenómenos sociológicos con los procesos psicológicos. También podemos destacar otras dificultades por ejemplo, en una década podemos identificar unos elementos en un país, pero estos bien podrán ser diferentes en otro.

Pero en general, “la sociedad de hiperconsumo arranca a finales de los años setenta” (4). Podríamos decir que es una década donde la gente completa sus casas. Los hogares empiezan a estar equipados, así que cada familia disfruta de su coche, de su tele, de su nueva lavadora. Para llegar a este punto, hay que subrayar que en las décadas anteriores subieron los salarios, lo que facilitó este empuje. Autores como (Rocheffort, 1995), sostiene que ese equipamiento es el inicio de la sociedad individualista.

Otra variable importante a tener en cuenta, es que en aquellos años se agudiza el éxodo del campo a la ciudad, que va parejo a la decadencia de la tradición educativa donde se daba importancia a la autoridad, en este sentido “las figuras del padre y de la madre irán difuminando progresivamente sus perfiles, dejarán de ser nítidos y formarán combinaciones acordes con la personalidad de quienes las encarnen, sean varones o mujeres” (6). El estilo en ocasiones, excesivamente autoritario, -sí nos referimos a la larga historia de la autoridad del padre-, pasa a ser algo secundario, anticomercial, pues no está de más pensar que los límites no favorecen al mercado.

En aquella década se hacen más explícitas las dudas sobre cómo educar y empiezan a entrar en juego muy lentamente, y de forma tímida, las recomendaciones de los psicólogos y pedagogos. La educación se comienza a acomodar a la satisfacción.

Queda un poco más lejos la cultura campesina, local, que choca con la cultura del crédito que cada vez es más importante y necesaria a la hora de obtener los objetos adecuados.

Un eslabón a la cadena de argumentos es que comienza una pequeña y lenta fragmentación de los productos, más individualizados, y surgen más tipos de marcas. Una tendencia aún pequeña que continuará agudizándose hasta la actualidad.

Otro elemento determinante es la reforma psiquiátrica, que podemos situar en los años 70, en aquellos años, entre otros cambios, se decide “vaciar” los manicomios; tras este volantazo, la mirada de los clínicos sale de los muros del sanatorio y se dirige a la sociedad, los alienados dejan de ser el centro de atención, y a partir de entonces los trastornos de tipo neurótico, que cada día son más, tendrán mayor atención sanitaria.

“La elección individual reina de forma indiscutible y la duda, la ansiedad y la inseguridad son el precio a pagar por esa sensación de disponer de múltiples opciones. Con esta libre elección del individuo al amparo de la sociedad de consumo surgen patologías mentales que son fruto de esa libertad como los trastornos de la alimentación, las adicciones con o sin sustancia [...]. El nuevo paradigma de la práctica de la medicina (y la salud mental) junto con los desarrollos de los sistemas asistenciales implicaban un cambio radical: el enfermo y la enfermedad es buscado activamente en la comunidad, incluso antes de su existencia” (7).

Años 80. La ludopatía

En esta década, el pensamiento existencialista y el surrealista, y otras corrientes de posguerra se han terminado por agostar. Acaso estos movimientos se necesitaron para digerir tanta barbarie ocurrida en el siglo XX, y de una u otra manera fueron útiles para reconciliarnos con nosotros mismos, caso del existencialismo, o para “escaparnos” en otros momentos como fue el caso del surrealismo; fuera por un motivo u otro estas corrientes son sustituidas por la nueva tradición que consolida no tener ídolos ni tabúes.

Encontramos razones para suponer que también quedaron lejos y olvidadas las carencias de las generaciones anteriores, las historias y desasosiegos de los racionamientos de algunos padres y tantos abuelos. No cabe duda de que el recuerdo de la escasez también va cayendo en el olvido.

Se produce para poseer; así, la posesión de objetos se generaliza a todos los niveles. En esta década los objetos se valoran, se exponen por todas partes y se promocionan, se coleccionan por tipos, se ordenan por marcas o colores. El lema que cobró vida en estos tiempos con más fuerza que nunca, ya que era mayoritariamente

posible, fue: *que mi hijo tenga lo que yo no tuve*. Ya no es indigno, ni inmoral, gastar por gastar, o dicho de otra forma, cada vez hay menos culpabilidad por gastar dinero en cosas que no sean imprescindibles. Hay que destacar que en aquellos años empezaba a sobrar algo de dinero y se podía gastar con mayor holgura.

Con todas estas mimbres, debe entenderse con facilidad, que es precisamente en estos años cuando se instaura oficialmente el diagnóstico de *ludopatía*, aprobado en 1980 y agregado al Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales *DSM* en 1983.

Una válvula de escape como es el jugar a cambio de algo, es elevada a categoría de trastorno mental por la comunidad científica. Un trastorno incluido dentro del control de los impulsos que tiene que ver con la idea tan sobrevalorada del dinero, con la acumulación y con la posibilidad de obtener más cosas.

Pese a que la ludopatía era un trastorno recién catalogado, sabemos que existió siempre. Pero ahora encontramos un nuevo paisaje urbano: personas que se quedan hieráticas durante horas frente a nuevas y deslumbrantes máquinas tragaperras, con sus luces de colores y sonidos de feria. Encontramos una nueva forma de “hipnosis”; una nueva fascinación y un nuevo malestar, ya que ahora son personas catalogadas oficialmente como enfermas. Un dato que debemos recordar es que el 75% de las personas que padecen de ludopatía han pensado suicidarse a causa de los problemas que les ha generado el juego (8).

En cuanto a las sustancias psicoactivas y, a modo de apunte, empezamos a encontrar una nueva marginación asociada a las adicciones que tiene su eclosión con la epidemia de la heroína. En esta década se fusionan fuertemente ambos conceptos, marginación y drogas. Los años 80 se caracterizan por un gran desconocimiento de las drogas en España, lo que obliga por ejemplo que los primeros terapeutas tuvieran que ir a formarse al extranjero.

Años 90. Sexo y compras

Comienza una década que incluso a pesar del altibajo de la crisis, sigue apostando por la velocidad y la producción; y va consolidando paso a



paso un estilo bien apuntalado que se hace llamar “*modelo de bienestar*”. Lo cual conlleva que en los años 90 el crédito sea más necesario y por consiguiente aumente el endeudamiento de las familias.

La tendencia al individualismo se va robusteciendo pero con nuevos matices, en algunos casos, dicho individualismo llega a modificarse convirtiéndose en una especie de libertad intocable, (9) “*¡Ya nadie nos puede decir que no disfrutemos a cada rato! Nadie se puede inmiscuir en nuestra intimidad. La intimidad es sagrada*”. A este respecto evocamos que en los años 90 cobra fuerza la llamada cultura *cannábica* que pivota sobre la idea de los derechos individuales del propio cuerpo: “*Yo soy libre de hacer lo que quiera con mi cuerpo*”.

A renglón seguido, en los años 90 no deja de sorprender el furor por el conocimiento de la parte emocional de uno mismo y la posibilidad de saber regular o, mejor dicho “autorregularse” emocionalmente; regulación que finalmente se consideró parte de la inteligencia. Se trata de entender esa parte emocional que nos hace más inteligentes para posteriormente interaccionar de manera más óptima y eficaz con los demás. Cabe decir que esta corriente estuvo bien acompañada por la edición de libros *best seller* que ayudaron a encarar de la mejor manera posible esa desconocida parte emocional.

Este nuevo interés por lo emocional pronto es aprovechado por los mercadólogos. No está de más pensar que esa producción de objetos en serie ahora se vincula a la experiencia emocional que pueda transmitir el objeto. Es decir, el producto ha de asociarse en la vertiente que más convenga para su mejor venta; en este caso, la intención es que se desee desde la parte emocional que todos tenemos. Así, los publicistas y mercadólogos empezaron a exponer la gran importancia del afecto asociado al objeto. Pero sobre todo la idea era cubrir, o mejor dicho regular (con objetos) las necesidades emocionales de las personas. Lo afectivo toma las riendas y asimismo, resulta entendible y singular que los años 90 fuera la década donde *el adicto al sexo* y *el adicto a las compras* se dieran más a conocer, incluso se hicieran populares. La psicopatologización de la sociedad dio un paso más con

este nuevo trastorno denominado “adicto al sexo”, que desbancó, en este caso, al mito cultural de don Juan y sus muchas variantes literarias. El personaje de novela es acorralado por la psicopatología.

La moda de este nuevo trastorno es acompañada en Estados Unidos por la publicación del libro *Sex addiction. Case Studies and Management* (1995).

A los ojos de Lipovetsky “el aumento de la producción y el consumo de pornografía comenzó en serio en los años ochenta. Pero como en otras ocasiones no es hasta una década después cuando nos llega el exceso [...]. La obligación de parecer libre, gozar al máximo, estar a la altura de lo que se espera en el comportamiento erótico [...]. Desde los años 90, ha habido un aumento del consumo de metanfetaminas cristal, un estimulante sintético que se utiliza sobre todo en ciertos medios homosexuales masculinos para celebrar maratones sexuales”.

Y por los mismos caminos, no pudiendo ser de otra manera, se pone de moda oficialmente el éxtasis, que se asocia al deseo, al amor, la droga de lo emocional. Ya no se tratará de tener “visiones” como ocurrió en los sesenta. Por su parte, la heroína, más asociada al “malestar,” se va retirando poco a poco después de haber tocado techo.

En esta década se patologizan problemas que nos alejan del modelo de *bienestar* como el *moving*. En cuanto a las drogas, dejan de estar incrustadas en lo visionario o en lo marginal, pasan a estar asociadas al tiempo de ocio, a la diversión de los fines de semana. Comienza a despuntar el poli-consumo, encontramos más personas que empiezan a consumir indistintamente diferentes sustancias. Se consume con variedad, según proceda la ocasión.

En esta década también sale del armario haciéndose popular otro nuevo trastorno que a día de hoy no ha sido incluido en el *DSM*, pero es de sobra conocido por la sociedad, el *adicto a las compras*. Se definió como: *shopping disorder, pathological spending, dressing disorder, shopaholics*, etc. Para Severini (1985) “a mediados de los años 80, los centros comerciales eran uno de los lugares en que los adolescentes de Estados Unidos pasaban más tiempo”, años después, en la década de los 90 esta generación de

adolescentes ya tienen más recursos económicos y más posibilidad de consumir.

En cuanto al abuso de las compras, se depura su elaboración teórica y se realizan toda suerte de estudios. Christenson (1994) señala la comorbilidad como factor a tener en cuenta en este trastorno: los trastornos de ansiedad, el abuso de sustancias y los trastornos en la alimentación. Otro autor, Schlosser (1994), corrobora estos datos ese mismo año, casi a la par, afirmando que la comorbilidad psiquiátrica en más del 60% son los trastornos de ansiedad, los trastornos depresivos, el abuso o dependencia de sustancias y trastornos en la alimentación. Lejoyeux y Adès (1995), por su parte, nos hablan de la compra compulsiva como conducta asociada a la depresión, el 8% de los pacientes deprimidos presentaba síntomas de compra compulsiva. Como el lector habrá podido apreciar son todos estudios de los años 90.

En este caso el consumo es la horma del zapato para algunas personas; el sucedáneo y la variedad de objetos que se pueden adquirir para poder adormecerse o, mejor dicho, anesthesiarse, es casi infinita. Esta vez el síntoma es el autotratamiento paliativo de comprar que sirve de acicate para reducir el malestar emocional, el vacío del que se es presa, la angustia de cada uno, etcétera.

Algunas personas se debaten entre la ansiedad y la depresión; son los denominados “turboconsumidores”. Este proceso se divide en dos: el subidón de las compras y el episodio posterior de la depresión; y así sucesivamente en una especie de síroco de ida y vuelta (14). Quizá el fin de siglo pasado pudiera resumirse en este texto del filósofo alemán Sloterdijk (2007): “Comprar significa convidar cosas a la ligera a casa, como invitados por una única vez, a los que se saluda, utiliza y nunca se vuelve a mirar”. Desde entonces, y una vez al año, cuando comienzan las rebajas, un oportuno artículo del clínico avisado y atento a la comunicación sale en la prensa recordándonos la existencia del trastorno.

En los años 80 la teorización de la ludopatía dejó un marco teórico sólido que serviría posteriormente para fundamentar otros trastornos similares y como consecuencia, podemos decir que los años 90 fueron *el boom* de estos trastornos.

Los nuevos criterios diagnósticos de la ludopatía, fueron utilizados para alojar estos nuevos trastornos; esta forma pragmática de desarrollar y exponer un nuevo trastorno ha sido muy criticada puesto que en muchos casos consistía básicamente en quitar la palabra *juego* y cambiarla por *sexo*, *compras*, etc.

Hasta aquí he intentado expresar lo esencial de la década, pero al finalizar los años 90 también es cierto que se debe incluir una nueva transición, un nuevo cambio de ciclo. Empiezan a desarrollarse las tecnologías, se comienza a hablar de la cultura del *tamagochi*, y, tímidamente, comienza a detectarse un nuevo problema que tiene que ver paradójicamente con algo tan deseable como la comunicación.

En aquellos años recuerdo encontrarme con mis primeros casos relacionados de una u otra manera con las tecnologías de la información y la comunicación. Algunas personas demandaban ayuda, puesto que en pocos días se habían gastado todo su sueldo en las líneas 906, en las llamadas *party lines*. Personas que se gastaban medio millón de las antiguas pesetas en llamadas telefónicas, que consumían su salario en hablar por teléfono con videntes y futurólogos.

Año 2000. Internet

El gasto y el dinero ya no es la clave de bóveda como en décadas anteriores. Entrados en el siglo XXI, ya no se trata tanto de almacenar, ya no se trata de hacer acopio de esas series infinitas de objetos y datos ¿Para qué almacenar canciones si las puedes oír en Internet sin necesidad de descargarlas en el ordenador? Pese a esto, hoy sabemos que la mitad de los niños españoles afirma “recibir más de lo que piden” (16).

En esta década ya pasada impera lo ecológico, se impone lo saludable dentro del mismo riel del culto al cuerpo y como consecuencia, se empieza a hablar de la obsesión por comer cosas saludables, la *ortorexia*. Pero no solo la salud es importante, sino adelantarse a la enfermedad. Se impone todo lo que tenga que ver con prevención de la salud, y prevención de cualquier cosa.

Debemos admitir también que en los albores del siglo XXI, encontramos una avalancha de nuevos deportes para estimular cualquier capacidad y



prevenir el deterioro, la cultura del *trainer*, el famoso aparato *Brain Training*, para las matemáticas y cálculo *Maths Training*, *Wii music*. Se fomenta la mejora de las capacidades y competencias personales.

En este recién iniciado siglo XXI se impone el *zapping* para todo. Estamos ante un nuevo paisaje de prosperidad económica; se propagan cantos de sirena a todo lo que sea rápido y ahorre tiempo. Otro eslabón en la cadena son la alergia y angustia que surgen precisamente ante la falta de tiempo; el quererlo todo enseguida se impone con fuerte intensidad.

Hay dinero, pero más que producir en serie y almacenar se trata de individualizar el producto y el servicio, por ejemplo proliferan las construcciones de *chalés* personalizados con medidas de seguridad individualizadas. Se vende lo práctico, lo útil, el apartamento de una habitación. Y en cuanto a las familias, se impone el hijo rey. Se pone de moda el tratamiento *spa* con recorrido ajustado a la necesidad del cliente.

Avanza lo lúdico. No es extraño encontrarse datos como el siguiente: “el 37% de los empleados admite navegar constantemente por la Red mientras trabaja” (17).

En el año 1935 Russell, nos ofreció su interesante “visión” en relación *al tiempo de ocio*: este autor dijo que “el tiempo libre es esencial para la civilización, y, en épocas pasadas, sólo el trabajo de los *más* hacia posible el tiempo libre de los *menos*. Y con la técnica moderna será posible distribuir el ocio sin menoscabo para la civilización...”. Se agrega el hecho de que ciertamente así ha sido, pero, en buena lógica, estos cambios sociales no solo se han producido en torno *al tiempo de ocio*. El aumento del poder adquisitivo parejo al aumento de tiempo libre es un nuevo campo fértil. La utilización de objetos para consumo como acertadamente vaticinara Russell, por ejemplo, ya no es exclusiva de los “*más*”. Las clases sociales bajas y medias ya pueden obtener los mismos estudios y poseer los mismos objetos que las clases sociales medias e incluso altas.

El sueño ya no es la libertad, sino la satisfacción (19). Lo verdaderamente importante es estar satisfecho con uno mismo (20).

La cultura de la fragmentación sigue su marcha a modo de rodillo, y también sigue afectando a la psicología que se hace cada vez más proclive a la intervención individualizada. Apuntar que, a un nivel más general, la multiplicación y parcialización de los trastornos mentales aumentó de 106 categorías de trastornos en el *DSM-I*, a 357 en el actual *DSM-IV*.

Paradójicamente, esta fuerte tendencia en alcanzar el modelo de *bienestar* se da de bruces con lo que se está denominando acertadamente la psicopatologización de la sociedad.

En la anterior década se dio importancia a la inteligencia emocional y a la acumulación, hoy esto ya no es tan importante; ahora, por el contrario, pasa por ser significativo vivir experiencias.

Lo importante es la experiencia vivida y no estar en el aburrimiento; en esta década se estila regalar un viaje, incluso regalar un viaje en globo.

Aparecen los espacios virtuales como *Second life* que al cabo de varios años dejaron de tener importancia, aunque hay que reconocer que fueron la antesala de las redes sociales como *facebook*. Ahora todos somos una parte de los descubrimientos del *gran hermano* que antaño nos asustara, y orientamos nuestra energía a compartir información en las nuevas redes sociales logrando unas posiciones más igualitarias, fugaces, y también más democráticas. “Los contactos persona a persona acaban con el poder del crítico, de la compañía discográfica, de la galería de arte, la institución. Un aire de anarquía controlada va instalándose como reacción al descrédito de los gobiernos, los políticos, las viejas organizaciones y sus directivos piramidales” (21).

El exceso de presente llega a su máxima expresión con el entretenimiento del circo-espectáculo de la vida en directo. Un *reality show* personalizado, menos pasivo que antaño. Cada cual con su *webcam* para obtener y ofrecer información rápida y permanente. Se impone la llamada Generación *kids online*, o la denominada Generación YO S.L.

Lo importante es que se hable de uno, ser conocido independientemente del contenido y de lo que se diga. Lo importante es estar comunicado e informado.

El individualismo de antaño se convierte “en ocasiones” en un individualismo a ultranza, lo individual ejerce un efecto fascinador. Por ejemplo en la música encontramos al músico solitario de *Rap*, *Hip Hop*, la generación del sampler o el *Dj* solitario que prescinde de cualquier cosa que tenga que ver con un grupo. Encontramos el *tuning* que personaliza el objeto. El consumidor experto, el consumidor investigador en Internet que posee innumerables datos de los productos. “La mayoría de los encuestados, el 85%, manifiesta tener dos, tres o más televisores en casa” (22).

En definitiva, se fomenta la información; el comprador consumidor tiene poco de ingenuo, son personas menos maleables salvo por la argolla del sobreendeudamiento.

Pese al aumento del individualismo, la persona demanda al grupo, necesita a los otros como constante, es decir, no estamos ante un individualismo aislado. Se individualiza el coche pero se queda con el grupo para ver los demás coches tuneados. Uno está frente al ordenador buscando grupos de personas semejantes, se agrega a grupos en *facebook*. Pese a la fragilidad de la relación y el vínculo como explicó Zygmunt Bauman (2006) en su libro *Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, se busca al grupo.

En la pasada década el deseo es encontrar ese teléfono competente que por fin lo tiene todo, sonidos articulables que se pueden renovar y ser exclusivos, prácticos, tener una relación más especial con determinadas personas según la tarifa y la urgencia. Hacer la compra desde tu móvil.

En cierta manera, en esta década la válvula de escape está en las nuevas tecnologías; lo que prima es estar en la Red, *on-line*, autopromocionarse y venderse a uno mismo o a tu empresa, establecer relaciones desde tu casa y ahorrarte el transporte. Sin ser realismo mágico, vivir entre “telecomunicaciones”. En los albores del s., XXI lo que se valora, incluso se considera una necesidad, es estar conectado y ubicado de continuo en cualquier momento y situación.

En este principio de siglo, en buena lógica, se instala la moda del abuso de las nuevas tecnologías, la *adicción a Internet*, la *tecnofilia*. Y se pone sobre la mesa el debate relacionado con la supuesta existencia de la “adicción a Internet”,

un debate intenso y complejo. ¿Este nuevo pseudotrastorno es merecedor de atención sanitaria?

Hemos encontrado a personas que han abusado de forma desordenada de la red, que tiene como consecuencia una nueva forma de servidumbre. El hago lo que me da la gana como furor desbocado y descontrolado ahora se aplica a las tecnologías.

A medida que transcurría la década los juegos de ordenador pasaron a poder compartirse, el juego de ordenador, que antaño podía suponer una experiencia aislada, con el paso de los años se convirtió en un juego para compartir. Por todo ello, al disfrutarse en grupo, los juegos de ordenador pasaron a entenderse como algo que sirve para compartir, y de alguna manera dejaron de estar bajo sospecha.

Una de las dificultades es acotar hasta qué punto pueden generar problemas las nuevas tecnologías, hasta qué punto tienen el potencial de generar dependencia. Uno de los problemas consiste en que estas tecnologías cambian a más velocidad que los estudios que puedan desarrollar los clínicos. Otra dificultad es la poca casuística. Es difícil estudiar a personas que tienen como características la volatilidad y el eclecticismo. Por primera vez se alzan voces críticas contra la consolidación de una nueva entidad clínica como pudiera ser la adicción a Internet. Esto deriva en que en el periodo 2000 - 2010 encontremos libros que intentaron poner orden a este furor por la sucesión de adicciones. ¿Cuáles son los soportes que pueden generar una dependencia y cuáles no?

Por ello, la primera década del s. XXI asistió a la publicación de libros como: Adès, J., Lejoyeux, M. (2001). *Las nuevas adicciones. Internet, sexo, juego, deporte, compras, trabajo, dinero*. Barcelona: Kairós; Fernández, A. (2003). *Las nuevas adicciones*. Madrid: Tea; Pérez, F. y Martín, I. (2007). *Nuevas Adicciones ¿Adicciones Nuevas?* Guadalajara. Intermedio ediciones. Y libros colectivos como Echeburúa, Labrador, Becoña (2009). *Adicción a las nuevas tecnologías en adolescentes y jóvenes*. Madrid: Pirámide.

En esta década no solo se revisaron las nuevas adicciones, y no solo se debatió intensamente si era más ajustado decir “adicción a Internet” o “abuso de Internet,” también hubo otros temas.

Como consecuencia del tipo de sociedad, se inventan nuevos síndromes, trastornos o pseudo-trastornos relacionados con la velocidad y las prisas. Encontramos, por ejemplo, el incipiente trastorno denominado *Hurry-Sickness*, o cerebro disperso; encontramos el síndrome del cerebro que no se concentra o *scatter-brained*.

Incluso el síndrome de *Peter Pan*, jóvenes deseosos de intimidad y emocionados con la construcción de un alter ego, encuentran la variante moderna del “nunca jamás” en los espacios virtuales como *Second Life*. Estos trastornos podrían ser explicados mejor por una enfermedad o un trastorno de personalidad ya descrito con anterioridad, pero cada década necesita sus síntomas, o mejor dicho, cambia la envoltura del síntoma.

Como pequeñas reacciones, surgen movimientos que promulgan ir un poco más despacio; bien conocido es el movimiento lento *slow*. Frente a la emoción fuerte la comida lenta y ecológica a ser posible, las ciudades lentas, el gusto por descansar con los amigos en una casa rural.

En cuestión de adicciones a sustancias, la primera década del s. XXI nos ha dejado, en primer lugar, la mayor epidemia de cocaína de la historia de España. Personas que podrían cubrir con un plus de estimulación sus inhibiciones, sus fatigas, su insatisfacción. “Un carácter de huida hacia delante” (23).

También nos dejó la moda del auto-cultivo del cannabis en áticos y garajes. Lo natural tiene cada vez más importancia.

La crisis de 2008

Efectivamente, como es de recibo, las sustancias son una excelente vía de escape para huir de los problemas. En ese sentido, en una época de crisis como la actual, es de esperar que aumente el consumo. Siendo así, no sería atrevido decir que aumentarán las personas con este tipo de dificultades; pero también se debe tener en cuenta otra suerte de factores que se acoplan a este hecho, como por ejemplo la influencia de haber recorrido un camino, donde año tras año se ha ido impartiendo prevención. Esto supone, sin pretender sentar cátedra alguna, que muchas personas conocen mejor los riesgos y saben

cómo protegerse, tienen más recursos para batirse con el problema de las drogas.

Sin duda la sociedad está mucho más preparada e informada que antes, y esto también hay que tenerlo en cuenta. Quizá otra pregunta interesante es: ¿Qué hubiera pasado de no existir la prevención?

A todo esto podemos sumar otro hecho; estar en crisis predispone a las personas a mantener otra actitud más austera; en este sentido podemos pensar que se consumirán menos drogas, legales o ilegales.

Hoy, con la crisis, nos encontramos ante un nuevo período donde podemos realizar con poca dificultad nuevas hipótesis, de lo que prevenimos que ocurrirá. Dicho esto, si tuviéramos que aventurar una respuesta, y tras descerrajar algunos pros y contras, es fácil suponer que se utilizarán sustancias más baratas o bajará el precio de las caras. El caso es que ahora, lo que sí podemos suponer es que cambien las sustancias; es decir, más que aumentar o disminuir el consumo general de sustancias, lo que probablemente ocurrirá es que unas sustancias compensen a las otras.

En cuanto al precio de las drogas, sabemos que en estos últimos diez años ha bajado entre un 10% y un 30%, según el último informe OEDT (2009). Esta bajada también es anterior a la crisis. Recordamos que el agricultor que cultiva la droga solo se lleva el 2% aproximadamente del precio final, según este mismo informe.

Cuando una persona tiene problemas, puede afrontar los problemas, hacer un esfuerzo extra, o también puede esconderse. Sin duda, durante estos años hemos vivido el apogeo del crecimiento y hemos favorecido posturas contrarias a la cultura de la cartilla de racionamiento. Durante esta década de furor económico y hasta el día que se empezó a hablar de las hipotecas *subprime*, hemos vivido una década donde cualquier cosa que tuviera que ver con los límites era considerado como trivial, incluso contracultural, el “todo vale” se ha consolidado. Hasta que el “límite” a la repetición de la adicción ha sido impuesto desde fuera en forma de crisis económica.

2010-2020

En cuanto a las sustancias sin droga, *Internet*, *sexo*, *compras*, por primera vez después de 40 años, no tenemos nada nuevo, no hay una nueva fórmula adictiva que se haya puesto de moda. Esto es lo realmente nuevo y sorprendente.

Sabemos que los síntomas cambian de envoltura, es decir, las adicciones cambian de máscara. Las adicciones poseen una capacidad de adaptación sorprendente, se ajustan a modo de camaleón a las circunstancias, se adhieren a los tipos de sociedades, a la cultura. Si tuviera que aventurar una respuesta en torno a qué adicción y moda se dará en esta década, diría que quizá se hablará más de las consecuencias de las redes sociales.

Pero las verdaderas claves de esta década serán ayudar más eficazmente si cabe a las personas que padecen problemas adictivos y precisan realmente de ayuda especializada y a la par, no patologizar más la sociedad. “En todo intento de clasificación hay algo inherente al mote y a la ofensa muy difícil de evitar” (25).

Para lo cual, aunque no sea tarea nada fácil, sería útil y moderno diseñar un diagnóstico común que aglutinara estos problemas y así, dar la espalda al furor glamuroso por poner de moda trastornos adictivos cada poco tiempo, cuando realmente y salvo matices, siempre hablamos de lo mismo.

Correspondencia:

Proyecto Hombre Burgos. Acogida
C/Pedro Poveda Castroverde Nº 3 • 09007 Burgos
fernando@proyectohombreburgos.com
Tel. 947 48 10 77 • Fax 947 48 10 78

Bibliografía

- (1) Desviat M. Síntoma, signo e imaginario Social. *Revista Asociación Española Neuropsiquiatría* 2010; Vol. XXX. Nº 105: 125-133.
- (2) Ortiz A, de la Mata I. Ya es primavera en salud mental. Sobre la demanda en tiempos de mercado. *Átopos* 2004; Vol.2. Nº 1.10: 15-22.
- (3) Escotado A. *Historia general de las drogas*, 4 ed. Madrid: Espasa Calpe; 2001.
- (4) Lipovetsky G. *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de consumo*. Barcelona: Anagrama; 2007.
- (5) Rochefort R. *La société des consommateurs*. París: Odile Jacob; 1995.
- (6) Flaquer Ll. *La estrella menguante del padre*. Barcelona: Ariel; 1999.
- (7) Ortiz A, de la Mata I. Ya es primavera en salud mental. Sobre la demanda en tiempos de mercado. *Átopos* 2004; Vol.2. Nº 1.10: 15-22.
- (8) Asociación Ajupareva. Memoria de la asociación. Valladolid; 1998.
- (9) Cortina A. Jóvenes valores y sociedad del siglo XXI. *Proyecto* 2007; Nº 63: 27-38.
- (10) Severini W. The Mailling of America: An Inside Look at the Great Consumer Paradise, *Morrow*, 1985; 349 -350.
- (11) Christenson, G. et al. Compulsive buying: descriptive characteristics and Psychiatric comorbidity. *J. Clinic Psychiatry* 1994; 55: 1: 5-11.
- (12) Schlosser et al. Compulsive buying: Demography, phenomenology, and comorbidity in 46 subjects. *General hospital psychiatry* 1994; 16: 205-212.
- (13) Leroux M. Adès J. *Las nuevas adicciones. Internet, sexo, deporte, compras, dinero*. Barcelona: Kairós; 2003.
- (14) Lipovetsky G. *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de consumo*. Barcelona: Anagrama; 2007.



- (15) Sloterdijk P. *En el mundo interior del capital. Para una teoría filosófica de la globalización*. Madrid: Biblioteca de ensayo. Siruela; 2007.
- (16) Urra J. *El pequeño dictador: cuando los padres son las víctimas. Del niño consentido al adolescente agresivo*. Madrid: Plaza edición; 2006.
- (17) Di Sabatino J. A e-mail probe triggers firings. *Computerworld* 2000; 34,28: 1-2.
- (18) Russell B. *Elogio de la ociosidad*, Barcelona: Edhasa; 1989.
- (19) Palomera V. Los desinsertados y sus objetos 2009; accesible en: URL: www.blogelep.es
- (20) Veblen T. (1970). *Théorie de la classe de loisir*, París: Gallinard; 27. (trad. esp.: *Teoría de la clase ociosa*, Madrid: Alianza; 2004.
- (21) Verdú V. El porvenir de la catástrofe. *El país semanal*. 2009 febrero 22; 54-59.
- (22) Lara F, Gómez M, Pérez F, Garrote G, Rodríguez M. *Uso y abuso de las TIC (Tecnologías de la Información y la Comunicación). En la población escolarizada burgalesa, 10 a 18 años. Relación con otras variables psicosociales*. Burgos: VB; 2009.
- (23) Lacan J. Seminario “La transferencia”. Sesión XXV; 14 de junio de 1961.
- (24) OEDT. *Informe anual. El Problema de las Drogodependencias en Europa*. Lisboa: Observatorio Europeo de las Drogas y Toxicomanías. 2009.
- (25) Colina F. *De locos, dioses, deseos y costumbres: crónica del manicomio*. Valladolid: Pasaje de las letras; 2007.

- Recibido: 7-4-11.
- Aceptado: 24-5-11.